



A T

EL MENDIGO.

Antes de contaros el cuento que tengo en la mente, debo deciros que España es un país que encierra de todo, y donde se encuentran recuerdos de todos los tiempos, y de todas las glorias. Sería prolijo recorrer sus provincias para describir sus antiguos templos, sus castillos, y sus fortalezas, y sus casas donde nacieron y murieron tantos héroes como han ilustrado su historia. Volvamos solo la vista á la hermosa Granada, henchida de monumentos árabes, que son la delicia de cuantos frecuentan aquella poblacion cobijada por el azulado y alegre cielo de Andalucía. Habrá cerca de dos años que estaba yo recorriendo sus paseos, cuando fijé la atencion en dos niños de diez á doce años, bien vestidos y que jugaban juntos á el aro. Uno de ellos tenía una fisonomía franca, una bella boca llena de sonrisa. El otro por el contrario tenía una de estas caras sombrías, descompuestas, que en una edad tan tierna, en que los pesares no han podido salir al exterior, demuestran un carácter feroz, ó á lo menos egoista.

No podeis figuraros niños, cuán difíciles ocultar en el semblante, lo que pasa dentro de nosotros! El hombre de genio tiene el ojo ardiente, y meditativo, y su frente parece prolongarse en razon de los pensamientos que concibe. El hombre holgazán, y que desde su niñez, ni ha pensado, ni trabajado, tiene el ojo estúpido, é inerte: su frente, no se desarrolla sino en proporcion de su talento; y viéndole se puede decir «¡qué ignorante!» El hombre que ha hecho una accion noble y buena, lleva pintada en el rostro la nobleza de ánimo y la serenidad de conciencia. El malo, no puede encontrar careta bastante tupida, para ocultar su malicia, y su ojo estraviado, que él se esfuerza en hacer inmóvil, sus labios combulsos y comprimidos, su frente oscura en donde los remordimientos se advierten en las arrugas, le acusan á los hombres, mientras es acusado delante de Dios. Ved hijos míos la razon porque, cuando haceis alguna cosa mala, en vano quereis ocultarla; vuestros modales tímidos, os hacen traicion, y valdría mas hiciéseis una confesion, que por su franqueza disminuria la falta, que una mentira agrava sin conseguir engañar á nadie, porque os lo repito, vuestros ojos hablan por vuestra boca.

—Alfonso «¿No ves ese pobrecito que se dirige á nosotros para pedirnos limosna? dijo el niño de la sonrisa dulce, á el otro niño que le respondió con una voz fuerte y sin dejar de jugar.»

—¿Qué me importa á mí?

—Pero se me figura que llora, dijo el primero.

—Y yo me divierto, dijo Alfonso en el mismo tono; y no quiero á los pobres, porque todos son tontos y ademas me dan miedo....

—Si tubiesen buena ropa como nosotros, dijo el primer niño, serían tan guapos como nosotros; pero no tienen dinero para comprarla....

—Que lo ganen, respondió Alfonso, con un tono insultante.

—Pero amigo mio, esto puede decirlo usted á quien su mamá nada niega, y que está usted jugando desde la mañana hasta la noche, añadió el pobre, que se había acercado y oído el fin del diálogo. Aunque soy jóven y de salud robusta, yo no querría mas que trabajar para ganar mi vida, y la de mi pobre padre, anciano, pero en las manufacturas de seda han despedido mucha gente, por falta de trabajo, y como yo era niño y débil me han despedido de los primeros. Ved aquí por que yo pido limosna señor, aunque me dá vergüenza, y me hace llorar, porque mi padre soldado viejo, no me habia acostumbrado á mendigar mi pan.

—Carlos, dijo Alfonso á su compañerito, tratando de apagar los remordimientos y la lástima que su corazon le dictaba; Carlos, yo estoy aquí fastidiado vamos á comprar pasteles á esa muger que está allá abajo. Carlos echó una mirada de reprobacion á

Alfonso, que este no comprendió.—Los pasteles no me gustan, le respondió, cuando veo pobres que se mueren de hambre, y al mismo tiempo sacó del bolsillo, una pieza de dos reales que le habían dado por la mañana para sus diversiones, y la puso en manos del pobre, con tal disimulo, que hubiérais dudado cual era el que pedía, y cual el que daba. No tengo mas que esto por ahora, pero Alfonso tiene otro tanto, dijo como para proporcionar á su amigo la ocasion de reparar su falta. Un ligero apretón de dientes que no pudo contener, demostró el despecho de este último, quien llevado mas bien por su orgullo que por su corazon, tiró la pieza de dos reales á los pies del pobre, con un gesto que daba á entender demasiado, que tenia asco, de tocar aquellas manos, ennegrecidas por la miseria. El pobre no la levantó, y con los pingajos de la manga de su vestido de sayal, enjugó una gruesa lágrima que caía á lo largo de su megilla.

Alfonso era uno de estos seres sin alma, que no dan limosna mas que para librarse de la importunidad, y cuyos beneficios mas bien matan, que dan vida.

Carlos levantó el dinero, y murmuraba algunas excusas en favor de su amigo á quien en secreto condenaba, y quiso empuñar al pobre á que recogiese la moneda.

—Oh! no, no, mi buen señorito, respondió este entre sollozos, yo recibo lo que me dan, pero no lo que me tiran. Me guardo los dos reales que usted me ha dado con tan buen corazon, para mi padre que desde ayer no ha comido. En cuanto á mi, yo comeré cuando Dios quiera. Era el pobre, un hermoso niño con el pelo rizado, ojos negros, las pestañas largas, uno de estos niños á quienes se acaricia y desea en la sociedad, cuando sus vestidos corresponden á su belleza de nacimiento. Y este pobre niño tenia hambre, y estaba cansado, porque desde la víspera mendigaba un pan que no habia podido obtener y no habia tenido otro asilo durante la última noche, mas que las ruinas de un templo antiguo, que aun se vé en una de las estremidades de la ciudad. Desde la salida del sol, se puso de rodillas en el suelo, y con las manos cruzadas habia dicho. «Dios mio! Que hoy sea mas afortunado! Que encuentre pan para mi pobre padre, porque esta noche se moriria, y yo no me atreveria á volver á casa con las manos vacías, y moriria tambien!»

Y en seguida se marchó.

Carlos se esforzaba pero en vano, para hacer aceptar á el mendigo el dinero de Alfonso, cuando este último con una fisonomía contraída de terror, con un movimiento nervioso que hablaba por él, suspenso con el susto, se precipitó en los brazos de la primer persona que encontró á mano, para ocultar la cabeza, y su mano parecia designar algun objeto. En efecto,

entre las piedras y zarzas, una víbora enseñaba la cabeza al sol ardiente del medio día, y en sus rápidas vueltas habia llegado hasta los pies de Alfonso, como un castigo del cielo. Entonces él buscó el primer apoyo, el primer defensor que encontró, y se refugió en los brazos del mendigo.

El mendigo, segun se vió, no entendia de represalias, pues desembarazándose de Alfonso, se tiró de un salto sobre la víbora y la espachurró la cabeza con el pié descalzo, y él sin quejarse nada, fué á caer sobre una de las balaustradas del paseo. Aplastando á la víbora, habia recibido la herida, que parecia destinada al egoista Alfonso.

—¡Está herido! exclamó Carlos llorando.

¿Lo creeríais niños? Despues de este servicio inmenso, que acababa de prestar el mendigo á quien tan cobardemente habia insultado, Alfonso no se mostró menos cruel que antes para con él.

Quería alejarse del sitio testigo de tanto desinterés, sin dar ayuda á su salvador: hasta tal punto hace bárbaros el egoismo. Si las leyes humanas pudiesen castigar las intenciones, los crímenes interiores, el egoista debería ser castigado con la misma severidad que un criminal.

En su naturaleza no hay nada de noble, está amasado en cieno. Ignora la caridad, olvida el reconocimiento, y en la hora del peligro, el que no ha salvado jamas á nadie, grita á todo el mundo, *salvadme*, y si no acuden al llamamiento, os acusa, os dá los nombres que le son propios, os llama crueles; porque lo que no concibe en él, es decir la generosidad, la concibe en los demas.

Cansado en fin é indignado de tanta ingratitud el buen Carlos, salió de su genial, y dijo á Alfonso.

—Márchate, ya no soy mas tu amigo.

—¿Qué me importa, dijo aun aquel que jamás habia apreciado la amistad de Carlos, mas que en cuanto era útil á sus juegos?

Asi como asi, es la hora de almorzar, y mamá me reñiría si estubiese aqui mas tiempo.

—Y la mía me abrazará, dijo Carlos, cuando sepa el motivo de mi tardanza....

Carlos permaneció, pues, al lado del mendigo, pero Alfonso se marchó. Que se marche, no hace falta para acabar esta historia. El resto del cuadro podrá ser triste; pero esta tristeza tendrá sus dulzuras y encantos, y en adelante á lo menos no se oscurecerá ajada por el carácter feo de un niño egoista, que no quiere entender que si el pobre lleva sobre su cuerpo señales de su miseria, lleva úlceras mas profundas en el corazon, porque hijos míos, el corazon tiene como el cuerpo andrajos. Entre los dos, no es dudosa la eleccion, y es preciso saber des-

preciar, no aquellos que hieren la vista de los hombres, sino los que hieren el ojo de Dios, que penetra dentro de nosotros y que va derecho á el alma sin mirar la superficie.

El dolor del mendigo no se calmaba, lejos de esto se aumentaba de un momento á otro porque la herida debía haber sido quemada al instante Carlos ayudó al pobre, á quien consolaba lo mejor posible, acerca de la ingratitud de Alfonso, á sentarse en un poyete del paseo, y le habia envuelto el pie malo en su pañuelo. Estos niños se hallaban así embarazados acerca del partido que deberian tomar, cuando uno que pasó por alli, les preguntó, que qué tenian? A la contestacion que le dieron dijo él, que no habia otro remedio que llevar al herido al hospital de la ciudad. Al oir esto, el pobre echó á llorar, no porque le repugnase ir á un hospicio, sino porque preveia que su herida era mayor de lo que creyó antes, y le esperaba su pobre padre, que tendria hambre. No irá al hospital, dijo Carlos cuando conoció la causa del llanto, le llevaré antes á casa de mi madre que ciertamente no rehusará el recibirle, y hacerle curar en ella.

—¿Y mi padre, mi pobre padre? dijo el mendigo suspirando.

—¿Vivís lejos? le preguntó Carlos al oir esta sentida queja.

—A media hora de distancia de la ciudad, dijo el pobre.

—Entonces caballero....dijo Carlos volviéndose ácia el transeunte que les habia preguntado....

Pero aquel se habia alejado ya. Era uno de estos seres, que no se ocupan sino de sí mismos, les habia preguntado maquinalmente, únicamente por satisfacer su curiosidad, y sin volverse á acordar de ellos, era en fin uno de estos entes que de jóvenes han tenido el carácter mismo que Alfonso, y que despues han llegado á ser peligrosos en la sociedad ó á lo menos inútiles.

—Apoyaos sobre mi brazo, y dirijidme á vuestra habitacion, dijo Carlos al pobre sin acobardarse. Yo queria que ese señor me ayudase, é irme despues á casa de mi madre, pero no le necesito: yo volveré á encontrar el camino solo. Conmovido por tanta bondad de alma, el pobre quiso probar á andar solo; mas le fué imposible y aun con el apoyo de Carlos no hubiese podido llegar á la casa paterna si este midiendo las fuerzas de su cuerpo, por las de su noble corazon, no le hubiese tomado á cuestas. Anhelante y fatigado con su preciosa carga, llegó en fin al término de su viaje. El viejo estaba á la puerta de su cabaña, y en cuanto descubrió á lo lejos á Carlos, bendito seas, exclamó, que me traes á mi hijo....

Lloró un poco la desgracia que le ocurriera á su querido hijo pero habiendo dicho el médico de la aldea que la herida era leve y facil da curar se entregó todo entero á demostrar su profundo agradecimiento á su bienhechor. Carlos sustrayéndose á los elo-

gios, de que le llenaban los pobres aldeanos de las cercanías, pensó en volver á la ciudad. Uno de ellos se encargó de llevarle á casa de su madre quien lloró de contento cuando supo por boca del aldeano la causa de la tardanza que tanto le habia inquietado: dulces lágrimas que en medio de los abrazos bañaron el rostro de Carlos y que le pagaron con usura su noble accion. Su madre le llevaba ella misma todos los dias á casa del pobre, á quien daba el fruto de sus pequeñas economías y de quien en adelante se hizo como hermano adoptivo.

HISTORIA SAGRADA,

CUADRO V.

RECONCILIACION DE ESAU Y DE JACOB.

Jacob continuó su viage. Al mismo tiempo envió gente delante para anunciar á su hermano su llegada quien habia abandonado la tierra de *Canaan* y vivia en el país de *Edom*.

Los mensageros volvieron y dijeron á Jacob, que su mismo hermano venía con cuatrocientos hombres. Jacob tubo miedo, por que creyó que Esaú venía á quitarle sus mugeres y todas sus riquezas, imploró al Señor y le suplicó que le inspirase. El santo hombre hizo que fuesen á encontrarle doscientas cabras, veinte bueyes, doscientas ovejas, veinte carneros, treinta camellos hembras con sus crías, cuarenta vacas, veinte toros, veinte pollinas y diez pollinos, y dijo á los que los conducían: si encontráis á *Esaú* y os pregunta de quien son las bestias que conducís, le respondereis; son de Jacob vuestro servidor que os las envia por presentes. Pensaba aplacar así la cólera de su hermano y disponerle favorablemente. Hizo pasar el vado de Jacob á sus mugeres y once hijos, y como se quedase el último se le apareció un angel en figura de hombre, cuyo angel le atacó y luchó con él como si fuese un hombre; viendo que no podía con él, le hizo sentir el poder de Dios, por que le tocó el nervio de la pierna que se le secó y se quedó cojo. Habiéndose presentado el angel á Jacob despues, le bendijo, y cambió el nombre de Jacob en el de *Israel* que quiere decir «poderoso, invencible.»

Jacob divisó entontes á Esaú con sus 400 hombres, avanzó hácia él, y se prosternó siete veces en señal de obediencia. Esaú á quien Dios habia mudado el corazón, salió al encuentro á su hermano, y le abrazó con ternura llorando. Rehusó tomar

los presentes que su hermano con generosidad le hiciera, pero como este insistiese los tomó por no desagradarle. Esaú hizo á Jacob que viniese á vivir al pais que él habitaba; pero este que sabía cuales eran las intenciones del Señor, continuó su camino hácia la tierra de *Canaan*.

Se detubo en Salem, ciudad de este pais, y alli levanto un templo al Señor.

Algun tiempo despues *Dina* hija de Jacob y de *Lia*, habiendo salido fué insultada por *Sichem* hijo del príncipe del pais: sus hermanos para vengarse de esta injuria, saquearon la ciudad de este príncipe, se llevaron las mugeres prisioneras y les quitaron los ídolos.

Jacob se entristeció mucho de este acto de violencia, oró ante al Señor, que se le apareció y le mandó que abandonase aquel punto. El santo varon reunió su familia y sirvientes.

—Venid les dijo: vamos á *Bethel* para levantar un altar al Señor, apartad de vosotros los dioses extraños que habéis quitado al enemigo, y purificáos. Jacob enterró los ídolos y se marchó. Dios amenazó á las naciones vecinas, que no se atrevieron á perseguirle, de modo que llevo sin contra alguna á *Bethel* en el pais de *Canaan*.

Entonces se le apareció Dios á Jacob, y le renovó las promesas que le había hecho. Algun tiempo despues, Raquel dió á luz un hijo llamado *Benjamin*. Su nacimiento le costó la vida. Jacob la hizo construir una sepultura, en el camino que conduce al camino de *Bethel*. Por este mismo tiempo murió *Isae* á la edad de ciento ochenta años.



CERVANTES EN ARGEL,

6

EL AUTOR DE DON QUIJOTE.

Supongo que todos vosotros teneis noticia de D. Quijote, y que antes de haber podido leer vosotros mismos ese libro que tanto divierte, ya habiais oido hablar del famoso caballero de la Mancha, de la bacía de barbero que le servia de casco, de Sancho Panza, su escudero, que ibasiempre detras de él montado en un pollino de largas orejas. Muchas veces os habreis reido con la historia de los requesones, que inadvertidamente echó una vez Sancho en el yelmo de su amo, y que habiéndose derretido al momento, corrian por su enjuto rostro. Supongo tambien que cuando habeis sabido leer, el *Quijote* ha sido uno de los primeros libros que han ocupado lugar en vuestra biblioteca, porque esa obra es una de aquellas que mas se acomodan á todas las edades de la vida. Despues de haberse divertido con ella en los primeros dias de la infancia, se lee en la edad madura, y vuelve á servir de diversion en la vejez.

Pero si conoceis el *Quijote*, quizás no conoceis del mismo modo á Miguel Cervantes, su autor. Pensais sin duda leyendo esa historia tan divertida, que el hombre que la escribió debía disfrutar la dulzura de una existencia muy tranquila; que su vida pasó exenta de turbaciones y tormentos. Pues sabed que Miguel de Cervantes, todo al contrario, experimentó casi tantas aventuras como su héroe. El escritor que halló en su imaginacion tantas aventuras chistosas, tubo que sufrir los mas singulares contratiempos. La vida de Cervantes es una novela como su libro, pero una novela sembrada de crueles infortunios. Asi sucede por lo regular á los hombres de genio: desgraciados durante su vida, cubiertos de gloria despues de su muerte. Esa fué la suerte de Luis Camoens, el mas ilustre de los poetas portugueses, y tal fué tambien la suerte de Galileo y del Taso, y otros muchos hombres grandes que la posteridad ha vengado de la ingratitud de sus contemporáneos.

Miguel de Cervantes Saavedra, el mas célebre de todos los escritores españoles, nació en Alcalá de Henares, en Castilla la Nueva el 9 de octubre de 1547. Pasaremos rápidamente sobre su infancia y sobre su primera juventud que ninguna circunstancia extraordinaria ofrecen. Despues de haber empezado su educacion en su ciudad natal, vino á terminarla á Madrid;

y en esta capital compuso siendo todavía muy joven algunas obras poéticas, en las que se descubren una feliz disposicion, pero no ese talento que supo adquirirse mas adelante. Parece que sus primeros ensayos no tubieron el buen resultado que esperaba Cervantes; lo que le causó cierto despecho, y ademas se encontraba sin colocacion. En aquel tiempo los jóvenes de familias nobles, como Cervantes, que no tenian con que sostener su rango, acostumbraban mucho á ir á buscar mejor suerte en un pais extranjero. Nuestro jóven poeta adoptó este partido; tenia una aficion natural á las aventuras y á los viajes; queria *ver tierras*, como suele decirse. Resolvió pues dejar la España á fin de experimentar si la fortuna le sería mas propicia fuera de su patria. Se medra algunas veces viajando, y suele tambien suceder encontrarse en el camino con aventuras pesadas; no necesitamos de esto mas prueba que el palomo de la fábula, y Miguel Cervantes, nuestro héroe.

En 1569, Cervantes, que tenia entonces veinte y dos años se despidió de Madrid y de la España. Se embarcó para Italia, y fué á fijar su residencia en Roma, donde halló colocacion en casa del cardenal Julio Aquaviva. Allí permaneció algunos meses, mas aquella era una existencia demasiado tranquila, demasiado monotonu para el carácter aventurero de Cervantes. No tardó en encontrar una ocasion para dar vuelo á su genio emprendedor. La guerra habia empezado á arder entre la república de Venecia, sostenida por el papa Pio V y por muchos príncipes cristianos, y Selim, emperador de los turcos; guerra terrible, y que era de la mas alta importancia para toda la Europa, amenazada por el formidable poder del imperio Otomano. Cervantes era aficionado á las armas, el Papa acababa de enviar una escuadra para reforzar la de los venecianos y de sus aliados. Cervantes sentó plaza, y se embarcó en esta escuadra. Despues de diversas operaciones militares que no tubieron resultado decisivo, la escuadra turca y la de los cristianos mandada por D. Juan de Austria en la que iba Cervantes, se encontraron frente una de otra en el golfo de Lepanto, cerca de las costas de la Grecia. Acaeció el año de 1571, año eternamente memorable por la batalla que se dieron estas dos escuadras tan numerosas y tan formidables. La victoria, mucho tiempo indecisa; y disputada de una y otra parte con el mas terrible encarnizamiento, se declaró en fin por los cristianos. Cervantes desplegó el mas sobresaliente valor; fué tan gravemente herido en el brazo y en la mano izquierda que quedó manco toda su vida, testimonio irrecusable de su presencia en aquella famosa jornada y de los peligros que habia arrojado.

Despues de esta victoria, la escuadra de los cristianos se dirigió hácia Mesina, donde desembarcó los heridos y entre

ellos á Cervantes. Nuestro poeta no por haber salido herido se habia desanimado, mas resuelto que nunca á seguir la carrera de las armas, permaneció en Mesina solamente el tiempo indispensable para curarse. Volvió á Italia donde sirvió en las tropas de Felipe II rey de España, y despues en 1575 se embarcó para volver á su país.

Mas entonces era cuando aguardaba la mas cruel de todas las desgracias á Cervantes. En esta travesía fué atacada la galera en que venia por Arnaute Mami, famoso pirata argelino. La resistencia era imposible, fué preciso rendirse. El pirata condujo sus prisioneros á Argel. Este Arnaute Mami tenia tan terrible reputacion de feroz que en Argel mismo, donde los esclavos cristianos sufrían tan crueles tratamientos, pasaban los suyos por mas desgraciados todavia que los otros.

Ved ahí en que manos Cervantes habia caído. En la actualidad que Argel convertido en colonia francesa ve su puerto abierto al comercio de todas las naciones, que el azote de la pirateria ha cesado, gracias á las armas francesas, de asolar el Mediterráneo, se piensa mucho menos en los padecimientos de los cristianos en otro tiempo reducidos á la esclavitud por aquellos bárbaros, sobre todo en la época en que vivia Cervantes, que era su situacion insoportable. Encadenados como galeotes, condenados á los mas rudos trabajos, encorvados bajo el látigo y la vara de sus dueños, la mas ligera tentativa de evasion, los esponia á crueles suplicios. Pues bien, Cervantes lejos de abatirse con esta perspectiva, lejos de que le acobardarse la terrible reputacion de Arnaute Mami, apenas se vió en las prisiones, cuando resolvió salir de ellas á todo trance. Por qué medio? No lo sabe. Está entregado á sí mismo sin recurso alguno, abandonado del mundo entero; en España se ignora su paradero, se le cree muerto sin duda; no importa, la libertad es su pensamiento fijo, sin interrupcion. Sin cesar reanima el valor de sus compañeros de infortunio; les hace participar de sus esperanzas, sin hacer caso de los espantosos tormentos á que le habria espuesto infaliblemente la menor palabra pronunciada con indiscrecion.

Habia en Argel un renegado griego llamado Hassan, revestido de grandes facultades, que poseía á una legua de la ciudad cerca del mar un jardin confiado al cuidado de un esclavo navarro. En el lugar mas retirado del jardin este esclavo habia escavado poco á poco un subterráneo, en el cual se entraba por una abertura oculta con arte. Cervantes, instruido de esta particularidad, logró amistarase con el navarro. En el mes de febrero de 1577, se escapó de casa de su señor; mas esto era solo un paso para su gran designio, porque no era suficiente para librarse un esclavo salir de Argel; ó bien habria perecido

de hambre y de miseria, ó al fin tarde ó temprano habria sido cogido por sus dueños y entregado á los verdugos. Era preciso encontrar el medio de embarcarse, y he ahí cual era el objeto de todos los proyectos de Cervantes.

Una vez fuera de Argél, vino á esconderse en el subterráneo hecho por el jardinero español. Algunos otros esclavos cristianos se reunieron en aquel asilo; de suerte que al cabo de seis meses eran quince los reunidos, todos hombres de esfuerzo y valor. Enterrados vivos en aquella especie de tumba, para esperar el momento favorable para su fuga, no se atrevían á respirar el aire puro de á fuera sino durante la noche. El jardinero navarro, rondaba las inmediaciones del jardin y otro cautivo llamado Dorador, á quien Cervantes habia comunicado el secreto, se encargó de procurar á los fugitivos víveres que traia furtivamente á su retiro.

Los quince cristianos vivian asi, habia ya muchos meses sepultados en un subterráneo obscuro y húmedo, temiendo á cada instante ser descubiertos, y únicamente sostenidos por las exortaciones y sobre todo por el ejemplo de Cervantes. Ninguna ocasion favorable se presentaba, cuando un cautivo mallorquin, llamado Viana, amigo de Cervantes, recobró su libertad por medio de un considerable rescate. Antes de marcharse para volver á España, Viana vió á Cervantes; le prometió que al punto que llegase á su patria, fletaria un barquillo y vendría á buscarle, y á sus compañeros. Viana cumplió fielmente esta promesa. Apenas desembarcó en España, arrendó un falucho, especie de buque ligero, y tres semanas despues de su partida, el 28 de setiembre de 1577 estaba de vuelta cerca de las costas de la regencia de Argél. Como habia tenido cuidado de tomar bien las señas de la posicion del jardin que servia de asilo á los esclavos españoles vino á abordar lo mas cerca posible de su guarida. Habian convenido en la señal que les advertiria su arribo. Esta señal fué dada; era media noche. Para los desgraciados esclavos esta señal esperada con tanta impaciencia despues de tantas alternativas de temor y esperanzas, es el término de todos sus males, es la libertad. Salen del subterráneo con el silencio mas profundo para dirigirse á la costa donde Viana los aguardaba con su buque. Ya su libertad es cierta, ya se consideran en su patria, en el seno de sus familias. Aceleran el paso, y descubren el buque libertador. Dentro de un instante van á terminar todos sus males.

Iban á llegar á la orilla del mar. El falucho de Viana se aproximaba hasta tocar con la tierra, á fin de que pudiesen embarcarse, cuando de pronto resuena una voceria. Eran unos moros que pasaban por casualidad. Apesar de la obscuridad han visto el buque mallorquin, y los cristianos que se acercaban á

la orilla. En el momento los moros dan grandes gritos pidiendo socorro. Quizás el embarque de los cristianos habria podido efectuarse antes que hubiesen llegado fuerzas suficientes para oponerse á su designio. Mas Viana se asusta; se cree ya en poder de los argelinos, vuelve á ganar la mar y los desgraciados cautivos al llegar á la costa ven aquel buque que era su única esperanza, alejándose entre la obscuridad.

Fue pues indispensable volver al subterráneo cree empezar de nuevo su angustiosa vida, llena de padecimientos, despues de haberse visto tan cercado ser libres. Sin embargo se consolaban figurándose que Viana no tardaria en volver, por lo que su libertad estaba solamente diferida. Mas esta última esperanza la perdieron por efecto de una catástrofe que era imposible adivinar y prevenir.

Aquel Dorador, á cuya fidelidad Cervantes habia confiado su secreto, ocultaba con profundo disimulo la mas negra perfidia. No obstante toda la penetracion de Cervantes habia llegado á engañarle á fuerza de demostraciones hipócritas. El miserable no conocia mas Dios que el oro; por el oro habia renegado de la religion cristiana; por el oro habia vuelto á ella; por el oro, estaba pronto á hacer nueva traicion á su fé y á sus juramentos. El 30 de setiembre, dos dias despues de la tentativa de evasion de los esclavos españoles, se presenta ante el Dey de Argél, ha calculado lo que podia valerle una execrable traicion, y revela al Dey la guarida de los quince desgraciados cautivos, refiriéndole la tentativa tan atrevida imaginada y dirigida por Cervantes. El Dey no puede oir esta narracion sin manifestar la sorpresa que le causa tanto arrojo. Envía sin detencion una porcion de soldados guiados por el traidor Dorador, con orden de prender al jardinero navarro, los esclavos fugitivos, y particularmente á Cervantes como el mas culpable de todos.

Los quince cristianos fueron cogidos en el subterráneo, sin poder hacer ninguna resistencia. Se les condujo á Argél, donde fueron todos encerrados en el baño de los esclavos. En cuanto á Cervantes, el Dey habia mandado que lo trajesen á su presencia; queria saber de la boca misma de este los pormenores del complot, los medios empleados para su ejecucion. Mas con desprecio de todas sus amenazas, y de todas sus insidiosas preguntas, no pudo arrancar á Cervantes mas que esta respuesta: «Yo solo soy culpable; yo solo lo he dispuesto todo. Perdona á mis compañeros, y entrégame solo á los suplicios. Porque Cervantes queria espiar asi el error que habia cometido, confiando al miserable que lo habia vendido su secreto y el de sus compañeros.

Tanta intrepidez no dejó de imponer á aquel gefe de los piratas. Esperaba por otra parte obtener un rescate conside-

nable por Cervantes y los otros cautivos, y este fué sin duda el motivo que le decidió á conservarlos. Hassan el renegado habia reclamado como su esclavo el jardinero navarro que pereció en los tormentos. Insistía en que los quince fugitivos sufriesen la misma suerte, á fin de que este ejemplo infundiese espanto en los esclavos que tubiesen la idea de imitarlos. La avaricia del Dey les salvó la vida. Con todo, la mayor parte de ellos fueron restituidos á sus antiguos dueños, entre otros Cervantes, que cayó de nuevo en manos del cruel Arnaut Mami.

Se podria creer que los peligros que habia corrido, y lo infructuosa que fué esta primera tentativa, habria aniquilado el valor de Cervantes. Muy al contrario, esto mismo fué un nuevo motivo que le impulsó á buscar otros medios de fugarse. Cuatro veces descubierto, se vió cuatro veces á punto de perecer en los tormentos, y sin embargo no se desalentaba. Sus ensayos de evasión habian salido mal; concibió un proyecto mucho mas arrojado. Se trataba nada menos que de una conspiracion de todos los esclavos, para apoderarse del arsenal y de la ciudad de Argel. Este plan se frustró por la cobardía de algunos de los conjurados que descubrieron el secreto. Cervantes creia esta vez cierta su muerte. Mas la misma sorpresa que causaba á los argelinos semejante valor, salvó todavia su vida, porque ellos graduaban el rescate de Cervantes por las cualidades extraordinarias que no podian menos de reconocer en él. «Mientras no tenga en mi poder, dijo el dey de Argel, ese esclavo español estropeado del brazo izquierdo, no me creeré seguro en mi capital: y exigió que Cervantes le fuese entregado de nuevo.

Nuestro héroe tocaba en fin al término de su cautiverio. Habia conseguido que en España se tubiesen noticias de él. El padre de Cervantes habia muerto. Su madre y su hermana reunieron todos sus recursos para rescatar un hijo y un hermano que amaban tiernamente. Dos religiosos trinitarios (era esta una orden instituida para ocuparse en el rescate de los esclavos cristianos) pasaron á Argel, con la cantidad que la madre y la hermana de Cervantes, habian juntando con mucho trabajo para su rescate. Pero esta suma distaba mucho de ser suficiente á satisfacer la codicia del Dey de Argel. Este se habia entonces á punto de partir para Constantinopla, y significó á los dos padres de la trinidad que se llevaría su esclavo consigo, sino se le completaba al momento la cantidad pedida. Ya habia hecho que Cervantes se embarcase en su navío que iba á hacerse á la vela. Felizmente uno de los religiosos, tomando un vivo interes en su suerte, consiguió hallar lo que faltaba para completar el precio exigido por el Dey, y nada se opuso ya á la libertad del cautivo.

Cervantes volvió á ver en fin su país, y su familia despues

de cinco años de esclavitud. Desde entonces se entregó exclusivamente á la literatura. El resto de su vida nada ofrece notable mas que la publicacion de sus diversas obras, entre las cuales es necesario citar la *Galatea*, y sobre todo su admirable historia de la vida de *D. Quijote*, novela que le ha hecho inmortal. Cervantes, que se habia casado con una muger pobre como él vivió en este estado, y casi siempre espuesto á los ataques de sus enemigos, aunque la nobleza de su caracter debió haber sido suficiente para desarmarlos. Murió á la edad de sesenta y ocho años; el 23 de abril de 1616 y solo despues de su muerte sus compatriotas hicieron justicia al genio de un hombre que tanto ha hecho por la gloria de su pais.

En un episodio del *Quijote*, titulado la *Novela del Cautivo* Cervantes hace alusion á sus propias aventuras, durante su esclavitud en Argél.»

La estatua de bronce que veis en la plaza del Congreso á la subida del Prado, es la de ese inmortal escritor, que murió en la indigencia, y á quien la generacion actual ha procurado vengar de la ingratitud de sus contemporáneos.

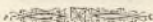
EL MUNDO ES UN SUEÑO.

AVENTURA DEL DUQUE FILIPO, Y DE UN BORRACHO.

El duque Filipo el bueno fué el primero que instituyó la orden del Toison en la villa de Tomer, en una iglesia que llaman de San Bertin, dándole á veinte y cuatro caballeros á quien él llamaba sus doce pares: el cual traia por insignia pintada en sus banderas una mano con un eslabon que iba á dar en un pedernal, y al rededor un letrero que decia, *primero se ha de dar el golpe que saltan las centellas*. Leí, pues como digo que este cristianísimo príncipe era de mucha edad y acostumbraba á decir infinitas veces lo que era el mundo y cuan poco habia que confiar en él. Yendo, pues, una noche rondando con algunos criados suyos, hallaron tendido en una calle un hombre que estaba borracho, lleno de lodo, toda la cara sucia y tiznada, y tan dormido que no pudieron meterle en su acuerdo. Mandó el duque que le llevasen á palacio, que queria en aquel hombre enseñarles lo que era el mundo: lleváronle de la manera que lo mandó, y despues de esto dijo que le desnudasen y vistiesen una camisa muy buena, y acostasen en su propia cama,

y á la mañana le diesen de vestir, y sirviesen como á su misma persona: hízose todo aquesto, y al otro dia cuando ya se habia acabado la borrachera, entraron los gentiles hombres de la cámara á decirle de qué color queria vestirse, y él asombrado de verse en aposento tan rico, y rodeado de gente tan principal, y viendo que estaban tantos delante de él descubiertos, no sabia qué responder sino mirarlos á todos, y debia de parecerle á él sin ninguna duda que no habia dos horas que estaba bebiendo en la taberna, y andado los fuelles en su casa (que segun se supo despues era herrero) y vivia cerca de palacio. Diéronle, pues, un vestido muy bueno, diéronle aguamanos, la cual él rehusaba tomar, porque aun no sabia como habia de lavarse. A todo cuanto le preguntaban no respondia, miraba desde unas ventanas su casa, y debia de decir, válgame Dios, la casilla de aquella chimenea no es mia, aquel muchacho que juega á la peonza, no es mi hijo Bartolillo, y aquella que hila á la puerta no es mi muger Toribia? pues quien me ha puesto á mí en tanta grandeza? digo yo sin duda que diria él esto: cuando pusieron las mesas sentóse á comer, y el duque presente á todo: hecho esto y venida la noche, diéronle vino bastante para ponerle como le hallaron, y cuando estuvo fuera de juicio y bien dormido, desnudáronle y volvieron á ponerle su vestido viejo, y mandó el duque le llevasen al mismo puesto donde le habian hallado. Hízose, y hecho llegó el duque con mucha gente, y dijo que le despertasen, y despierto preguntóle quien era, y él muy asombrado respondió: que segun las cosas que en dos horas habian por él pasado, no sabia decir quien era. Preguntado la causa respondió: «señor, yo soy un herrero y me llamo fulano, salí de mi casa habrá una hora ó poco mas, bebí un poco de vino, cargóme el sueño, y quedé aqui dormido. Y en este tiempo he soñado que era rey, y que me servian tantos caballeros, y que traia tan lindos vestidos, y que dormia en una cama de brocado, y comia muy bien y bebia, y estaba yo tan gozoso de verme tan servido y regalado que casi estaba fuera de juicio de contento, y bien se ve que lo estaba, pues todo fué sueño.» Y dijo entonces el duque.—Ved aqui amigos lo que es el mundo, todo es un sueño, pues esto verdaderamente ha pasado por este como habeis visto: y le parece que lo ha soñado.

Viaje entretenido de Agustin de Rojas.



FÁBULA.

EL GATO Y LA PALOMA.

Un gato viejo y taimado,
Y una paloma inocente,
Se juntaron en un prado
Do corría un fresco ambiente.
El gato que vió la suya
Para meter uña y diente,
Quiso asegurar el lance
Sin que el vuelo lo impidiese:
Señora paloma, dijo,
Usted descanse y sosiegue,
Que yo soy gato seguro,
Honrado, fiel y prudente:
Conozco á usted algun tiempo,
Y la estimo ciertamente,
Porque sobre ser hermosa,
Tiene una cola excelente,
Quiso ostentar neciamente
Lo que el gato celebraba,
Sin que el misterio entendiese,
Y haciendo alarde al instante
Dió una vuelta porque viese
Su amigo, el lindo plumage;
Y el gatazo falsamente
Le tiró tambien el guante,
Que á ser menos diligente
La paloma en levantar
El vuelo, allí mismo pierde
El aliento, por fiarse
De tan sospechosa gente.
Si algunos reflexionasen
Los riesgos en que se meten,
El chasco de la paloma,
No sería tan frecuente.—F. T.